

Jesús, Cristo

TOMÁS MARCOS MARTÍNEZ, OSA

Estudio Teológico Agustiniano. Valladolid

Resumen: La figura de Jesucristo ha dividido la historia en un antes y un después: *ante Christum, post Christum*. Su resurrección marca el día principal de la semana, que ritma trabajo y descanso, *dominicus*, “del Señor”. Las palabras que le identifican, mesías y Cristo, se han insertado en todas las lenguas del mundo. Sus primeros discípulos han nombrado grandes urbes de todo el orbe: San Petersburgo, Sao Paulo, Santiago, San Juan. La Biblia, particularmente el Nuevo Testamento, es el libro más leído e influyente de todos los tiempos. Los creyentes le consideran “luz de las naciones” (Lc 2,32)... ¿Por qué resulta tan decisiva dicha personalidad?

Palabras claves: Jesús de Nazaret, muerte, resurrección, cristología.

Abstract: The figure of Jesus Christ has divided history into a before and after: *ante Christum, post Christum*. His resurrection signs the main day of the week, which rhythms work and rest, *dominicus*, “of the Lord”. The words that identify him, messiah and Christ, have been included in all the languages of the world. His first disciples have named great cities around the planet: Saint Petersburg, Sao Paulo, Santiago, San Juan. The Bible, particularly the New Testament, is the most widely read and influential book of all time. Believers consider him “the light of the nations” (Lk 2,32)... Why became this character so decisive?

Keywords: Jesus of Nazareth, death, resurrection, Christology.

Tal vez osemos interrogarnos sobre la persona y significado de Jesucristo. Pues vaya valentía, es algo que ya adelantó él: “¿quién dice la gente que soy yo?” (Mc 8,27). Esta pregunta tiene dos mil años, se dice pronto, pero a lo largo de todo ese tiempo no ha perdido un ápice de actualidad, ha permanecido viva, “flotando en el viento”, como el verso de la canción del premio Nobel Bob Dylan. Hoy como ayer la cuestión sigue vigente: quién es, qué entraña ese hombre y ese nombre. Y ayer y siempre suscitará reacciones contrapuestas, no dejará de ser “señal de contradicción” (Lc 2,34).

1. Jesús de Nazaret

Se llamaba *Yeshu^a*, derivación aramea del hebreo *Yehoshu^a*, que significa “Yahvé salva”, lo que se interpretó como un vaticinio exacto de su persona, por lo que se le aplicará también la profecía del *Immanuel*, “Dios con nosotros”, que indicaba lo mismo (Mt 1,21-23). Procedía de Nazaret, en la región de Galilea, lugares ambos grises y medio paganos, en disputa desigual con la noble Belén, cuna del rey David, en la región de Judea, que sobrenombra la nación, por lo que se le desplazará al espacio de mayor prestancia. Desde luego, ni punto de comparación: de Belén se aguardaba que saliera el mesías; de Nazaret, en cambio, “¿puede salir algo bueno?” (Jn 1,45); además, qué te puedes esperar de “Galilea de los gentiles”, profecía antigua citada como vigente (Mt 4,15). Nació 5 o 6 años antes de sí mismo, aunque parezca un chiste de Gila, “en tiempos del rey Herodes” (Mt 2,1), que había muerto el año 4 antes de Cristo. Moraleja, las apariencias engañan, entonces, ahora y mañana: de lo más feo, menos recomendable y altamente inseguro puede brotar lo atrayente, la inspiración, la salvación.

A la pregunta de Jesús los discípulos le transmiten que hay división de opiniones: “unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que uno de los profetas” (Mc 8,28). En cualquier caso, quedaba claro para todos que era un *profeta*. El profetismo es una institución muy apreciada en el pueblo israelita, como los monjes para el budismo o los hechiceros en el animismo. Los profetas son los que aplican la palabra de Dios a la vida, los que actualizan la voluntad de Dios. Nada más importante para los creyentes: en tiempos adversos “buscarán en vano el oráculo del profeta” (Ez 7,26).

Jesús comenzó profetizando el reinado de Dios. Les anunciaba que “está cerca” (Mc 1,15), muy cerca, tanto que realmente “ya está entre vosotros” (Lc 17,21). Es decir, la manifestación de Dios se realiza siempre a nuestro alrededor, lo que hace falta es que seamos capaces de verlo, percibirlo en la belleza de la creación, “las aves del cielo... los lirios del campo...” (Mt 6,26); en la alegría de la convivencia, “todos vosotros sois hermanos” (Mt 23,8); en la felicidad del corazón, “volviendo a ser como niños” (Mt 18,3).

Esta presencia del reino de Dios era para Jesús sobre todo “buena noticia”, *evangelio*. Tanto lo resaltaría que esa palabra llegó a resumir su actividad entera, condensó el conjunto de su historia: “comienzo del evangelio de Jesucristo”, escribe Marcos al iniciar la narración de los hechos sobre su persona. Era buena noticia porque hablaba del inmenso amor de Dios, que nos envolvía como la atmósfera, “hasta los cabellos de vuestra cabeza tenéis contados” (Lc 12,7). Un amor paterno y materno que favorecía a los desfavorecidos, en justa compensación, como hacen los padres con sus hijos más necesitados, aunque quieran a todos igualmente, “no he venido a llamar a justos sino a pecadores” (Mc 2,17), “hay más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no necesitan conversión” (Lc 15,7). Un amor misericordioso, que perdonaba constantemente para darnos otra oportunidad, incluso setenta veces siete (Mt 18,22), modo matemático de decir siempre. Un amor que va más allá de nuestros cálculos, como sucede con el publicano y el fariseo (Lc 18,9ss), pues se dona enteramente aunque ya le debemos mucho (Mt 18,23ss). Un amor tan tierno que podemos dirigirnos a Dios como los niños llaman a su padre, *ab-ba*, pa-pa, aunque suene extraño, irreverente, cursi...

También se trasluce con nitidez la percepción común que lo tenía por *maestro*. Se lo aplican constantemente y toda clase de personas, desde los discípulos hasta los fariseos, pasando por la gente del pueblo (Mc 4,38; 12,14; 5,35). Incluso aparece la palabra en arameo, *rabbi* –“que significa maestro”, traduce Jn 1,38–, literalmente “mi excelencia”, tratamiento respetuoso reservado a los sabios, de donde provendrán los rabinos, las autoridades tras destrucción por los romanos del segundo Templo de Jerusalén y la desaparición del sacerdocio. Advertían además en él un magisterio distinto, auténtico: “enseñaba con autoridad” (Mt 7,29), esto es, desde la ejemplaridad y experiencia personales.

En su didáctica usaba un método infalible: contaba historias. La facundia actual lo consideraría teología narrativa y la crítica literaria lo asemejaría a los cuentos populares. Los evangelios las han llamado simplemente *parabolaí*, comparaciones. Como los cuentos de toda la vida, las parábolas transmiten un mensaje sencillo mediante un relato colorista. Se trata de grabar bien una idea recurriendo a un revestimiento llamativo: el padre y dos hijos, uno rebelde y otro sumiso, donde el padre amará siempre a ambos, aunque no sean lo que parecen (Lc 15,11ss); unos viñadores tempranos y otros tardíos, a los que el dueño pagará lo mismo, bien que suene injusto, por la generosidad de este y la disponibilidad de los segundos (Mt 20,1ss); el pastor de muchas ovejas, que por preocuparse de todas, buscará mismamente a una solita que se le pierda (Mt 18,12ss)... Las parábolas son el modo en que Jesús describe el reino de Dios, la benevolencia de Dios, para que todos lo comprendan y lo recuerden.

Remataba su saber con sentencias profundas sobre problemas de la vida humana. Algunos de estos apotegmas devendrán legendarios. Cuando le preguntaron si había que pagar impuestos a un Estado invasor e infiel (hoy diríamos: a un gobierno que no he votado), respondió: si os concede dinero (hoy nos diría: si os otorga un sueldo), pagad, “al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” (Mc 12,17). Le trajeron a una adúltera notoria, que la Ley mandaba lapidar, lo que resultaba cruel, así que, qué hacer, saliese por donde saliese quedaría atrapado: “el que esté sin pecado que tire la primera piedra” (Jn 8,7), no condenéis en otros lo que tampoco vosotros podéis cumplir. Otro dicho celeberrimo: “es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de Dios” (Mc 10,25); pasado el susto reconocemos el dilema insoluble entre los bienes y el bien, el dinero está reñido con la virtud, quien posea riquezas qué más va a querer, se perderá en su orgullo y egoísmo, despreciará la amistad y la familia, la salud y la honradez, la felicidad interior... en conclusión: “no podéis servir a Dios y al dinero” (Lc 16,13).

Jesús sorprendió igualmente a todos como *taumaturgo*. Ciertamente, sus devotos agrandaron sus milagros: en la multiplicación de los panes una versión narra que eran “unos cuatro mil” (Mc 8,9), pero por si acaso otra dirá que más bien “como cinco mil hombres” (Lc 9,14), y la última añadirá, no sea que se queden cortos, que “unos cinco mil hombres sin contar mujeres y niños” (Mt 14,21). De todas maneras resulta innegable la condición taumatúrgica de Jesús, pues está intrínsecamente ligada a su esencia his-

tórica: la proclamación del reino y el choque con las autoridades (Mt 12,22ss).

Se perciben dos especies de milagros. Por un lado, prodigios o fracturas de las leyes naturales: multiplicación de los panes, conversión del agua en vino, caminata sobre las aguas, tempestad calmada... Son los que más se recuerdan, dada su espectacularidad. Por otro, curaciones y exorcismos: leprosos, epilépticos, sordos, mudos, ciegos, tullidos... Pues bien, la mayoría de los milagros de Jesús relatados en los evangelios corresponden a los segundos, 25 de 30 a ojo de buen cubero, único modo de contarlos dadas las duplicaciones, además de que si se escribieran todos no cabrían en el mundo (Jn 21,25). Esto significa que en sus milagros Jesús no se reivindica a sí mismo, sino más bien reflejaba la presencia del reino que había venido a anunciar, reino de Dios que es gracia y liberación, que se expresa como sanación. Por eso, los sinópticos los llaman “energías” (*dunámeis*) y el evangelio de Juan los entiende como “signos” (*semeía*). Nunca los designan según se solía como “portentos” (*térata*).

Llama particularmente la atención el comentario del evangelista sobre la visita de Jesús a su tierra: “no hizo allí muchos milagros a causa de su falta de fe” (Mt 13,58). De manera que la fe es condición *sine qua non* de las curaciones. Lo que denota que los milagros tienen un intenso componente de sugestión. “Tu fe te ha curado”, dice Jesús varias veces (Mc 5,34), pues “todo es posible para el que cree” (Mc 9,23), una fe fuerte será capaz de mover montañas (Mc 11,23).

2. Murió por nosotros

Como consecuencia de su actividad anterior Jesús resultó también, definitivamente, un profundo *reformador*, tanto en lo religioso como en lo social. “No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mt 15,24), decía sobre su misión, nombrando 12 cabezas entre sus discípulos para representar el nuevo Israel que pretendía crear: “Vosotros que me habéis seguido en la regeneración os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Mt 19,28). Devendría un pueblo transformado, sostenido por la seguridad del favor de Dios, propulsado por el gozo de la fraternidad.

Su renovación religiosa, en la estela del reino de Dios y su solicitud paterna, implicaba el reconocimiento de cada persona como hijo de Dios, como valor absoluto. Ante ello decaía todo lo demás. Por ejemplo la tradición, el conjunto de normas del Antiguo Testamento: la sacralidad del sábado está al servicio del hombre y no al revés (Mc 2,27), el ayuno penitencial no cabe en la alegría de bodas del amor divino (Mc 2,19), la impureza que separa de Dios no reside en los alimentos sino en la negrura del corazón (Mc 7,14ss), las tradiciones fosilizadas claman al cielo si se anteponen a la caridad (Mc 7,1ss). Y por ejemplo el culto, el detallado ceremonial de sacrificios, ofrendas y libaciones desplegado en el templo de Jerusalén: es más importante la compasión que la liturgia, “misericordia quiero y no sacrificios” (Mt 9,13); el engranaje económico del santuario era “una cueva de ladrones” (Mc 11,17); es mejor un culto existencial que ritual, “adorar en espíritu y verdad” (Jn 4,24).

Desestimar la Ley y el Templo, sea por lo que sea, era una afrenta mayúscula para la piedad judía: ¡eran los pilares de la fe! Cómo se atrevía siquiera a tocar la Ley, destello de la voluntad de Dios: “fue dicho... pero yo os digo...” (Mt 5,21ss). Cómo osaba perdonar los pecados sustituyendo la excelsitud del Templo: “levantaré otro no hecho por hombres” (Mc 14,58). ¿Pero quién se creía, Dios? *Ecce unde*, he ahí la respuesta. “Está blasfemando, ¿quién puede perdonar pecados sino solo Dios?” (Mc 2,7), pensaban todos. La suerte quedará rápidamente echada, buscarán matarle porque “se hacía igual a Dios” (Jn 5,18). Al final, dictará sentencia el Sannedrín: “Ha blasfemado... Es reo de muerte” (Mt 26,65). Pero Judea era un país sometido al imperio romano, no tenía potestad para disponer de la pena capital. Se colará aquí la otra revolución, esta social, que supuso la figura de Jesús. Si ya era excesiva una revolución, dos ni te cuento.

La religión siempre ha tenido connotaciones colectivas, fija la relación con Dios, pero expresada comunitariamente. Así que la renovación religiosa de Jesús conllevará inevitablemente la renovación social. El reino de Dios exultaba por la manifestación de la divinidad en cuanto Padre. Esto significará que, como todo buen padre, Dios amará a todos sus hijos por igual, sin distinción, pero por eso mismo antepondrá a los que más lo necesitan (los otros le enorgullecerán más). Las bienaventuranzas resaltan precisamente esto: “bienaventurados los pobres... los que sufren... los perseguidos por buscar la justicia... pues de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5,3ss). Los golpeados por el infortunio son los preferidos de Dios.

Esto engrana ajustadamente con la tradición profética: “en ese pondré mis ojos, en el humilde y el abatido que se estremece ante mis palabras” (Is 66,2).

Siendo Dios padre de todos, todos los hombres son hermanos y como tales deberán comportarse. No es un sentimiento, no es un buen propósito: es una obligación de fe. No es nunca sencillo, no es siempre agradable: es simplemente un compromiso diario. Jesús pedía un amor fraterno incondicional (de principio), universal (sin exclusiones) y continuo (perdonando siempre), incluyendo a los enemigos (Lc 6,27). Él lo ejemplificaba acogiendo a pecadores, adelantándoles el perdón, atendiendo a pobres y enfermos, rechazando que sufrieran castigo divino (Lc 13,1ss), dignificando a los infieles extranjeros, a los que alababa por su fe (Lc 7,9), realizando a mujeres y niños, entonces un cero a la izquierda (Mt 18,3). Jesús rescataba a los marginados y desafortunados, mostrando en su persona la misericordia de Dios.

Paternidad divina compasiva y hermandad humana generosa, la misericordia es la clave de la revolución social de Jesús. El principio misericordia. Consiste en aupar a los que han tenido peor suerte en la vida, porque son nuestros hermanos e iguales, porque son los primeros ante Dios y hemos de cumplir su voluntad. Todos los hombres somos prójimos recíprocamente, todos precisamos de los demás ordinariamente y debiéramos esmerarnos cuando nos necesitemos de modo especial, cuando a alguien le vengan mal dadas, lo que nos puede alcanzar a todos.

Una alianza de desheredados, excluidos y despreciados por la sociedad es una amenaza temible para cualquier poder constituido. No tienen nada que perder, son una masa incontable, serán una fuerza invencible. Solo necesitan un líder que aúne y coordine la pujanza desbordante. Si a esto añadimos el ambiente de rechazo al poder imperial opresor... Musitaban entre ellos: “si sigue así, todos creerán en él, vendrán los romanos y destruirán el lugar santo y la nación”. Hasta un antiprofeta como Caifás lo supo profetizar: “conviene que muera uno por el pueblo en vez del pueblo entero” (Jn 11,48ss). Las autoridades religiosas judías no gastarían mucha saliva para convencer a las autoridades civiles romanas del peligro latente de alguien que predicaba y practicaba la fraternidad de los olvidados, todos ellos preciosos para Dios, incluso preferidos por Él, “vuestros nombres están escritos en el cielo” (Lc 10,20).

“Está alborotando al pueblo, prohíbe pagar tributo, dice que es Cristo Rey” (Lc 23,2). Jesús estuvo yendo entonces de Herodes a Pilato, de mal en peor. Una conspiración judeo-romana le sentenció. No deja de ser curioso que la Iglesia siempre haya recordado la perfidia judía, injustamente generalizada, al tiempo que ha trascordado la responsabilidad imperial, aunque fuera lavándose las manos, hasta el punto de establecer su capitalidad en Roma.

La cruz era un suplicio atroz, reservado a esclavos y rebeldes políticos que atentaban contra el orden establecido (y la religión), el encuadre que mereció Jesús a los poderes mundanos. El letrero de la cruz lo explicaba todo: *Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum*. Había entrado en el peligroso juego de redentor, de salvapatrias, y había sido devorado por él.

Los discípulos no podían entenderlo. Uno que había predicado el amor sin distinciones, que había curado a los enfermos, que había consolado a los dolientes, que “había pasado haciendo el bien” (Hch 10,38), ¿cómo podía haber sido ejecutado como el peor criminal? Nadie podría entenderlo. Estaba más allá de la razón y el perdón. Ni siquiera ante Dios... Un momento, “para Dios nada hay imposible” (Lc 1,37), quizá en Él pudiera entreverse algún resquicio de sentido, solo Dios podría revertir la maldad humana. Es más, el absurdo era tan evidente desde el punto de vista humano, que tenía que haber algún significado... oculto... en Dios. No podía ser como era, tenía que ser de otro modo.

“La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros pecadores, murió por nosotros” (Rm 5,8). El amor de Dios había sido el núcleo de los hechos y dichos de Jesús, todo lo que realizó y aseveró remitía inequívocamente a ese precipitado de diafanidad. Tenía que ser pues la clave explicativa de todo lo sucedido. La bondad divina debía esplender incluso en el final abominable de su enviado.

“Murió por nosotros”. Esta frase lapidaria podía tener un contenido simple, descriptivo: murió por nuestra culpa, por la injusticia humana; pero en realidad era una revelación: murió por nuestras culpas, compensó nuestra iniquidad. Pereció por defender nuestra dignidad de hijos de Dios e igualdad de hermanos, nuestro derecho a la alegría de sabernos queridos y a la esperanza de merecer juntos un mundo mejor. Murió por nuestra salvación.

3. Cristo resucitado

La luz de la resurrección, la acción reparadora de Dios sobre Jesús, permitió encajar las piezas, comprender lo incomprensible, justificar lo injustificable. Al fin y al cabo, “no es un Dios de muertos, sino de vivos” (Mc 12,27).

La experiencia pascual debió ser una implosión deslumbrante en la conciencia de los discípulos, un unguento balsámico en sus corazones llagados. Era algo impensable, increíble, inenarrable... encima empezaron a asegurarlo algunas mujeres... Muchos se resistían a aceptarlo, “no acababan de creer por la alegría” (Lc 24,41), demasiado bueno para ser verdad. Y sin embargo su brío apretaba sin freno: “es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón” (Lc 24,34). Este se convertirá en la piedra (*képhas*) de edificación de la Iglesia, será para siempre Pedro (*Képhas*).

Las apariciones de Jesús son las narraciones subjetivas y contradictorias de una convicción firme y unánime: “está vivo... ha resucitado” (Lc 24,5s). Y el mundo entonces cambió, resultaba distinto, tenía sentido... Los poderes humanos lo habían condenado a la ignominia pero la omnipotencia divina reivindicaba su figura, “está sentado a la derecha de Dios” (Rm 8,34), rige el universo entero, “Dios lo exaltó por encima de todo y le concedió el nombre sobre todo nombre” (Flp 2,9).

Cuando Jesús inquirió a los discípulos sobre sí, la opinión que el pueblo se hacía tal vez no le importaba tanto, él no añade ningún comentario sobre el asunto; pero encerraba otra pregunta en la recámara: “y vosotros ¿quién decís que soy yo?” Esa era la cuestión. No bastaba la respuesta de la gente: “un profeta poderoso en obras y palabras” (Lc 24,19), emergía con fuerza un nuevo resplandor: “tú eres el Cristo” (Mc 8,29), el mesías, el ungido, el elegido, el hijo de Dios. Será la marca distintiva de los discípulos, el sello definitorio de su experiencia: Jesús es el Cristo. Y así “recibieron el nombre de cristianos” (Hch 11,26).

Los destellos deslumbrantes se precipitaban encadenadamente, quizá desordenadamente pero aclarándose unos a otros. La certeza incommovible de Jesús como el Cristo le concederá asumirlo como nombre propio: Jesucristo, hasta el punto de casi apagar el anterior. Pablo apenas le llamará de otro modo. Era pues el enviado decisivo de Dios, por tanto, el Hijo, “el unigénito” (Jn 1,14.18), sin comparación, igual que entre los apóstoles Pablo adquirirá la antonomasia: el Apóstol. “Cuando se cumplió el

tiempo, Dios envió a su Hijo” (Gál 4,4). A fin de cuentas así había hablado el mismo Jesús, diferenciando entre “mi Padre y vuestro Padre” (Jn 20,17), denotando una conciencia especial de filiación.

Siendo el legado escatológico divino, su palabra será igualmente definitiva, eterna, la voz misma de Dios: “en el principio existía la Palabra... y la Palabra era Dios” (Jn 1,1). Jesús, en su doctrina y acciones, en su misión y destino, era la revelación de Dios: “nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mt 11,27). La revelación es un medio divino que tiene como fin la salvación, y la persona y mensaje de Jesucristo será justamente esto en su plenitud, “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6). Incluso su muerte en principio absurda y detestable quedaba aclarada, se hacía inteligible, como salvación: “tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que crea en él no perezca sino que tenga vida eterna” (Jn 3,16). La pasión de Jesús se encuadraba en un plan, brillaba como redención, como rescate de nuestra postración, “fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rm 5,10).

Esta profusión de fognazos iluminadores desemboca en una sentencia tajante: “Jesús es Señor” (Rm 10,9). Este apelativo se reservaba para los grandes gobernantes, los reyes y emperadores, los amos del mundo, y el Antiguo Testamento lo aplicó a Dios cuando por respeto se dejó de pronunciar su nombre, cuando leían *Yhwh* pronunciaban *Adonay*, “Señor”. Por tanto, llamar así a Jesús es confesar su divinidad. Como afirmó Tomás apóstol, injustamente famoso como incrédulo, cuando el resucitado le mostró la herida del costado y el agujero de las manos: “Señor mío y Dios mío” (Jn 20,28). Él es el dueño de la creación y el centro de la historia, “origen, guía y meta del universo” (Rm 11,35).

Sobrevino entonces la sofisticación cultural. La inicial creencia en Jesucristo como Dios y hombre a la vez conducía a una contradicción irresoluble. ¿Cómo se puede ser al mismo tiempo infinito y finito, perfecto e imperfecto, dulce y amargo? El principio de no contradicción es una obviedad antigua, el ser en cuanto ser no puede ser no ser, recordando el modo enrevesado que aprendimos en secundaria. A medida que los cristianos iban predominando en la sociedad grecolatina, la cuestión de Jesucristo ampliaba su trasfondo, ensanchaba el enigma. Ya no bastaba la densidad soteriológica del redentor e hijo de Dios, la depuración intelec-

tual pedía saber cómo se puede aunar en la misma persona la divinidad y la humanidad. La filosofía lo llamaría imposibilidad metafísica, pero la teología, que argumenta desde la fe, buscará la respuesta. El problema es que la teología supone la filosofía, el dogma implica la razón... Pues he ahí la solución: la fe evangélica tendrá que incorporar la lógica helenista.

Los Padres de la Iglesia, mayormente obispos formados en la filosofía clásica, indagaron sin pausa en el misterio, tanto más cuanto que las teorías radicalmente racionales, como el arrianismo, rebajaban a Jesucristo a su mera humanidad. La fe rechazaba fervientemente esa reducción como herética, intolerable.

San Agustín será uno de los Padres que entrevió la salida del laberinto. Para ello supo recurrir a la cumbre de la creación: el ser humano, para él como para los antiguos el escalón más próximo a la divinidad. Había empleado ya esa estrategia en su libro *La Trinidad*: el alma posee tres facultades distintas, memoria, inteligencia y voluntad, que se influyen y condicionan intrínsecamente, sin dejar de ser la misma alma... así sería analógicamente el Dios Trino...

Utilizará pues la misma elaboración respecto a la cristología. El hombre es una dualidad esencial de cuerpo y alma en una unidad accidental terrena, como pensaban en su tiempo, en la que el alma supone la identidad y el criterio de conducta mientras el cuerpo hace de instrumento necesario de reconocimiento y de acción. De modo semejante habría que pensar a Jesucristo, Agustín tanteaba el terreno pisando suave: sería una dualidad sustancial de hombre y Dios (dos naturalezas) en una unidad temporal externa (una persona). Como la unidad humana está dirigida por el alma, la unidad de Cristo estaría dirigida por la naturaleza divina (*Cartas* 137,9-11).

El concilio de Calcedonia, el año 451, caminará por esa misma ruta para zanjar la discusión: "Siguiendo a los santos Padres enseñamos unánimemente que hay que confesar a un solo y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo, perfecto en la divinidad y perfecto en la humanidad, verdaderamente Dios y verdaderamente hombre... dos naturalezas sin confusión ni cambio ni división ni separación... en una sola persona..." (DH 301s).

Hoy nos queda algo lejos este lenguaje, nos resulta poco menos que un trabalenguas y un rompecabezas. Habría que trasponer el espíritu de Calcedonia a la mentalidad moderna, sin traicionar a ninguno. La teología

lo llama evolución de los dogmas: expresar el contenido original en términos comprensibles en cada época, conservar el fondo variando la forma.

Entonces podríamos decir que Jesucristo compone dos realidades (naturalezas) en una sola manifestación (persona), que en esa limitación humana se ha encarnado la salvación divina. De todos modos, su figura ha sido, sigue y seguirá siendo un misterio inaccesible para nosotros, como todo lo que tiene que ver con Dios. Siempre estará fuera de nuestro alcance.

En todo caso, su vida, enseñanza y significado son nuestro horizonte. En él nos brilla la esperanza: el amor de Dios es más fuerte que el mal y la muerte. En él nos alienta el bien: la fraternidad es nuestra tarea, el criterio último de comportamiento.